The illustration is a dark, atmospheric scene. At the top, the name 'Neil Gaiman' is written in a large, elegant, white gothic script. Below it, a gnarled, leafless tree with intricate, swirling branches dominates the center. To the right, a large, pale, circular moon hangs in the sky. A small, dark silhouette of a boy stands on a grassy mound in the foreground, looking towards the tree. To the left, a portion of an ornate, wrought-iron fence is visible. The overall color palette is dark, with shades of black, brown, and green, contrasted against the white text and the pale moon.

Neil Gaiman

El
Cementerio
sin lápidas
y otras historias
negras 

Prepárate. Nada se puede comparar con Neil Gaiman y su universo fantástico. Una historia de detectives cuyos personajes son los de una canción infantil, pero que se comportan como el mismísimo Philip Marlowe; un trol que vive debajo de un puente y que se quiere alimentar de la vida de un niño; un timador que nos describe su mayor y mejor golpe; un gato capaz de mantener a raya al mismísimo diablo; una señora que compra el Santo Grial en una tienda de segunda mano para encontrarse, al día siguiente, con que un caballero de la mesa redonda del rey Arturo se lo quiere llevar... Cada una de estas fantasías nos introduce en el inimitable mundo de Gaiman, adaptado para sus lectores más jóvenes.

CUANDO era niño, una etapa de mi vida que aún sigo sintiendo muy cercana, me encantaban los relatos breves. Me gustaban porque me daba tiempo a leerlos de principio a fin en los ratos que podía dedicar a la lectura en aquella época: el recreo, la hora de la siesta o los trayectos en tren. Nada más empezar, la historia me atrapaba y me transportaba a un mundo nuevo y desconocido y, en cosa de media hora, me encontraba de nuevo sano y salvo en mi casa, o en el colegio.

Hay historias que, si las lees a la edad apropiada, te acompañarán el resto de tu vida. Puede que olvides el título, o quién las escribió; puede que con el paso del tiempo no recuerdes con claridad los detalles de la trama, pero si un relato te conmueve en cualquier sentido, pasará a formar parte de ti y se instalará para siempre en algún remoto rincón de tu mente.

El miedo es la emoción más intensa y la que deja una huella más profunda. Si un escalofrío te recorre el cuerpo, si al terminar de leer te encuentras cerrando el libro despacito, como con temor y, a continuación, apartándote de él con cuidado, puedes estar seguro de que esa historia permanecerá en tu cabeza para siempre. A los nueve años leí un cuento que terminaba en una habitación con las paredes y el suelo cubiertos de caracoles. Creo recordar que los caracoles en cuestión eran carnívoros y que reptaban lentamente hacia alguien con la intención de devorarlo. Todavía hoy, con sólo recordarlo, siento los mismos escalofríos que sentí al leerlo por primera vez.

La fantasía te cala hasta los huesos. Hay una curva en una carretera por la que paso de vez en cuando desde la cual se divisa un pueblecito situado más allá de unas ver-

des lomas; por detrás del pueblo asoman unos montes parduscos y de aspecto escabroso y, al fondo del todo, unas montañas cubiertas de niebla. Siempre que paso por allí, recuerdo cuando leí *El Señor de los Anillos*. Ese libro forma parte de mí, sus personajes y la historia que relatase quedaron grabados en algún lugar de mi mente y, cada vez que contemplo ese paisaje, la fantasía de Tolkien vuelve a cobrar vida en mi imaginación como por arte de magia.

Y la ciencia ficción (aunque aquí no encontraréis más que alguna pequeña muestra, me temo) te lleva más allá de las estrellas y te transporta a otras épocas y otras maneras de concebir el mundo. No hay nada mejor que introducirse durante un rato en la cabeza de un ser de otro mundo para recordar lo mucho que tenemos en común con nuestros semejantes.

Los cuentos son como ventanas diminutas que nos permiten asomarnos a otros mundos, a otras formas de pensamiento, a otros sueños. Son vehículos que nos transportan hasta los confines del universo y nos traen de vuelta a casa a tiempo para cenar.

Llevo ya casi un cuarto de siglo escribiendo relatos cortos. Al principio me fueron muy útiles para aprender el oficio y empezar a desarrollar mi estilo. Lo más difícil cuando eres un escritor novato es terminar algo, y eso fue lo que aprendí escribiendo cuentos. Ahora, la mayor parte de las cosas que escribo son historias bastante largas —cómicos largos, libros largos o películas largas—, y escribir un relato breve, algo que puedo terminar en un fin de semana o, como mucho, en una semana, es una auténtica gozada.

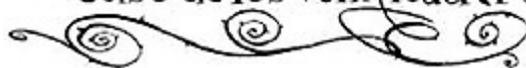
Muchos de mis autores favoritos de cuando era niño siguen estando entre mis preferidos ahora que soy adulto; escritores como Saki o Harlan Edison, John Collier o Ray Bradbury. Hechiceros que practican la magia de cerca, que, con tan sólo veintisiete letras y unos cuantos signos de puntuación, pueden hacerte reír o romperte el corazón; y todo, en unas pocas páginas.

Otra ventaja que tiene un libro de cuentos es que no tienen por qué gustarte todos los relatos que lo componen. Si tropiezas con uno que no te gusta, no importa; tarde o temprano encontrarás uno que sí.

En este libro encontraréis desde un relato policíaco basado en personajes populares del folclore infantil hasta uno sobre un grupo de gente que disfruta comiendo; desde un poema sobre cómo debes comportarte si de pronto te encuentras metido en un cuento de hadas hasta un relato sobre un niño que se tropieza con un trol al pasar por debajo de un puente y termina haciendo un trato con él. También hay un cuento que formará parte de mi próxima obra —*El libro del cementerio*—, y que trata de un niño que vive en un cementerio, donde los muertos cuidan de él; y otro cuento que escribí cuando aún era un escritor novato y que se titula «Cómo vender el puente de Ponti», un relato fantástico inspirado en un personaje real, el Conde Victor Lustig, que llegó a vender la Torre Eiffel de un modo muy parecido a como sucede en el cuento (y que murió en la prisión de Alcatraz unos años más tarde). Además, hay un par de historias de no mucho miedo, otras dos bastante cómicas y unas cuantas más que no sé muy bien cómo clasificar pero que, en cualquier caso, espero que os gusten.

NEIL GAIMAN
Agosto de 2006

El caso de los veinticuatro mirlos



[1]

ESTABA sentado en la oficina, limpiando tranquilamente mi automática y echándome unos tragos. Fuera no había parado de llover en todo el día, cosa no precisamente insólita en nuestra hermosa ciudad, diga lo que diga la oficina de turismo. Pero, qué demonios, yo estaba allí tan ricamente. Y no trabajo para la oficina de turismo. Soy detective privado, y de los mejores aunque, a juzgar por las apariencias, nadie lo diría; mi oficina es un cuchitril de mala muerte, no había pagado aún el alquiler de este mes y me estaba bebiendo mi última botella.

Quien más, quien menos, todos tenemos problemas.

Para colmo de males, el único cliente que había tenido en toda la semana no había asomado la jeta por la esquina en la que habíamos quedado. Según él, iba a encargarme un trabajito de los gordos, pero eso ya no importaba: por lo visto, tenía una cita más urgente con el forense.

Así las cosas, cuando aquella muñeca entró en mi oficina pensé que la suerte empezaba a sonreírme.

—¿Qué le trae por aquí?

La mirada que me echó habría podido derretir un iceberg y mis pulsaciones se dispararon más allá de los tres dígitos. Tenía el cabello largo y rubio y una figura que habría hecho romper sus votos al mismísimo Tomás de Aquino. De momento, yo olvidé por completo la promesa que me había hecho a mí mismo de no trabajar nunca para una mujer.

—¿Le interesaría ganarse un buen fajo de billetes? —La dama tenía una voz seductoramente ronca y no se andaba con rodeos.

—Soy todo oídos. —No quería que se diera cuenta de lo mucho que necesitaba la pasta, así que me coloqué la mano delante de la boca; no es bueno para el negocio que el cliente vea que se te hace agua al oír la palabra «billetes».

La dama sacó una foto de su bolso; ocho por diez, satisfecha.

—¿Reconoce usted a este hombre?

En mi oficio, conviene estar al tanto de quién es quién.

—Sí —respondí.

—Está muerto.

—Lo sé. No es precisamente una novedad, cariño. Fue un accidente.

La mirada que me lanzó a continuación se podría haber cortado en cubitos para enfriar un cóctel.

—La muerte de mi hermano no fue un accidente.

Entonces, alcé una ceja —para sobrevivir en un oficio como el mío, hay que dominar ciertas artimañas— y repliqué:

—Su hermano, ¿eh?

Me pareció curioso; por su aspecto, resultaba difícil pensar en ella como hermana de nadie.

—Soy Jill Dumpty.

—Así que era usted hermana de Humpty Dumpty...

—Y le diré algo, señor Horner: mi hermano no se cayó de ese muro. Alguien le empujó.

Si la dama estaba en lo cierto, el caso podía ser interesante. Dumpty estaba detrás de la mayoría de los chanchullos que se llevaban a cabo en la ciudad; a bote pronto, me venían a la cabeza por lo menos cinco tipos que no habrían tenido reparos en quitarlo de en medio.

—¿Ha hablado usted con la poli?

—No. Los Hombres del Rey no han demostrado el más mínimo interés en la muerte de mi hermano. Dicen que hicieron cuanto estuvo en su mano por recomponerlo después de la caída^[2].

Me recosté en la silla.

—¿Y qué es lo que anda buscando? ¿Qué tengo yo que ver con todo esto?

—Quiero que encuentre al asesino, señor Horner. Quiero poder llevarlo ante un tribunal. Quiero que lo fríen como si fuera un huevo. Ah... Y otra *cosita* más —añadió, como de pasada—. Humpty tenía un sobre pequeño lleno de fotos; iba a enviármelo por correo, pero no tuvo ocasión. Son fotos de carácter médico. Estoy haciendo las prácticas de Enfermería y las necesito para preparar los exámenes finales.

Inspeccioné mis uñas con atención y, tras unos instantes, levanté la vista hacia ella, demorándome fugazmente en su cintura y otras curvas antes de mirarle a la cara. Era una auténtica belleza, aunque su graciosa naricilla tenía algún que otro brillo.

—Acepto el caso. Setenta y cinco por día y una bonificación de doscientos si lo resuelvo.

La dama sonrió; mi estómago dio una vuelta de campana y entró en órbita.

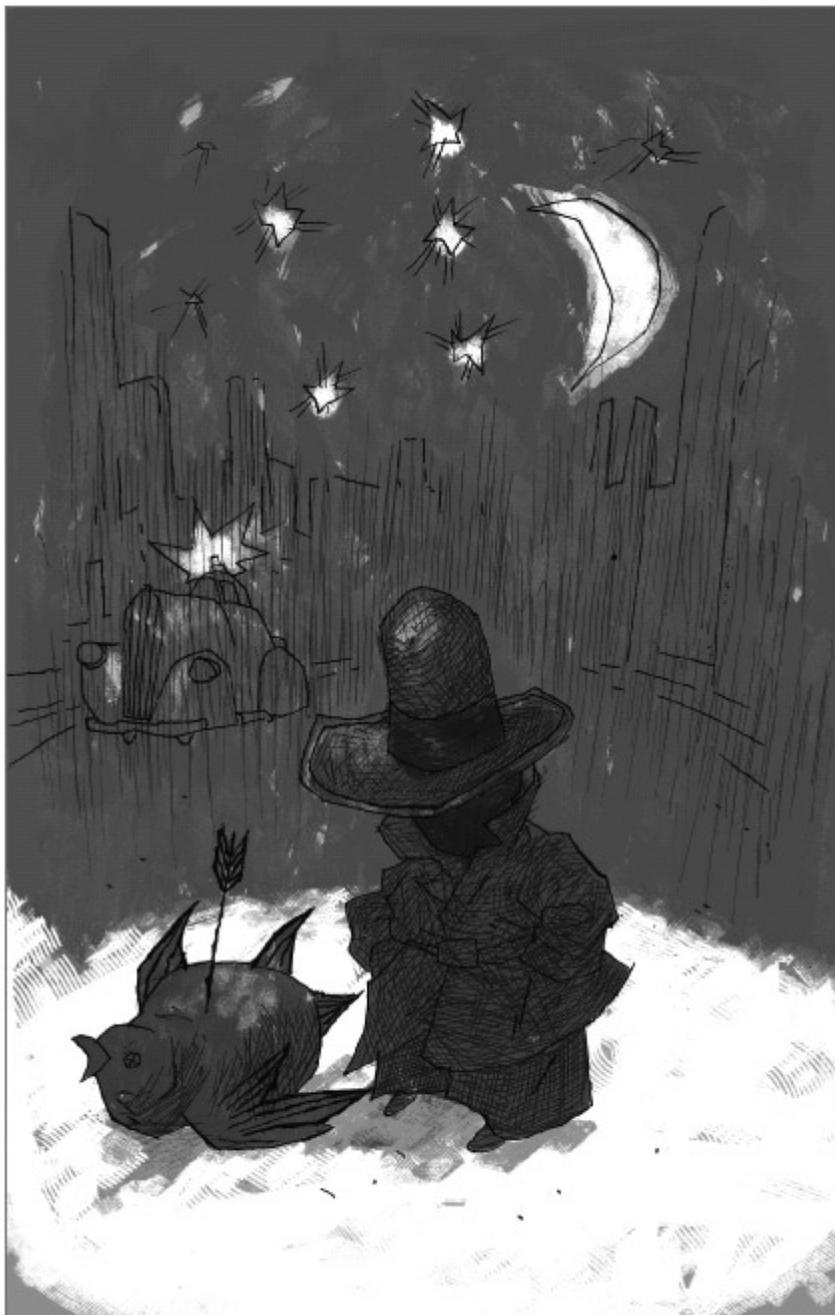
—Le daré doscientos más si me trae esas fotografías. Ser enfermera es lo que más deseo en el mundo —me dijo, y dejó caer sobre mi escritorio tres billetes de cincuenta.

Me limité a esbozar una sonrisilla de indiferencia.

—¿Puedo invitarla a cenar, preciosa? Resulta que acabo de heredar una pequeña fortuna.

Sin poder evitarlo, la dama se estremeció levemente y murmuró no sé qué sobre un problemilla con los enanos, lo cual me hizo sospechar que había dado con algo importante. Luego, me dedicó una media sonrisa que habría hecho perder un decimal al mismísimo Albert Einstein.

—Primero descubra quién asesinó a mi hermano, señor Horner. Y tráigame esas fotos. Después, jugaremos a lo que usted quiera.



La mujer se marchó y cerró la puerta tras de sí. Es posible que fuera siguiera lloviendo, pero no me fijé. Franca-

mente, me daba lo mismo.

Hay ciertos rincones de la ciudad que la oficina de turismo nunca menciona. Rincones a los que no se acerca ni la bofia, a menos que vayan en grupos de tres. Pero, por razones de trabajo, yo suelo frecuentarlos más a menudo de lo que la prudencia aconseja. Y lo que aconseja la prudencia es abstenerse por completo de visitarlos.

El tipo me estaba esperando frente a la puerta del Luigi's. Las suelas de goma de mis zapatos me permitían avanzar sigilosamente sobre la encharcada acera.

—¿Qué tal?, Cock.

Cock Robin dio un respingo y se volvió hacia mí; de pronto, me di de boca con un cañón del 45 que me apuntaba directamente a la cara.

—Ah, Horner, eres tú —dijo, bajando el revólver—. No me llames Cock, ¿vale? Para ti soy Bernie Robin, pedazo de enano, no lo olvides nunca.

—Pues a mí me gusta más Cock Robin, Cock. ¿Quién mató a Humpty Dumpty?

El pájaro tenía una pinta más bien rara, pero en esta profesión uno no puede permitirse el lujo de andar con remilgos. Era mi mejor contacto en los bajos fondos.

—Primero quiero ver algo de pasta.

Saqué un billete de cincuenta.

—Caramba —murmuró—, un billete de los verdes. ¿Por qué no los harán de color malva, o morado, para variar? —Pero lo cogió de todos modos—. Lo único que sé es que el Gordinflón andaba metido en muchos chanchullos.

—¿Y?

—Uno de ellos tenía que ver con veinticuatro mirlos.

—¿Cómo?

—¿Hace falta que te lo deletree? Yo... Aaj... —gritó, y cayó al suelo desplomado, con una flecha clavada en la espalda. Cock Robin^[3] no volvería a cantar nunca más.

El sargento O'Grady bajó la vista, observó el cadáver un momento y luego me miró a mí.

—¡Caramba, caramba! —exclamó—. Pero si es el mismísimo Jack Horner.

—Yo no maté a Cock Robin, sargento.

—Ya. Y supongo que la llamada que recibimos en comisaría para avisarnos de que pensabas dar boleto al ya difunto señor Robin (en este preciso lugar y esta misma noche) no era más que una broma.

—Y si he sido yo, ¿dónde están mis flechas? —Abrí un paquete de chicles y me puse a mascar uno—. Es un montaje.

Dio una última calada a su pipa de espuma de mar y, a continuación, se la sacó de la boca y tarareó con aire distraído los primeros acordes de la obertura de *Guillermo Tell*.

—Puede. O puede que no. Pero, en cualquier caso, sigues siendo el principal sospechoso. No abandones la ciudad. Y, una cosa más, Horner...

—¿Sí?

—La muerte de Dumpty fue accidental. Así lo dictaminó el forense y así lo creo yo. Abandona el caso.

Reflexioné unos instantes. Luego, pensé en el dinero y en la chica.

—Ni hablar, jefe.

Él se encogió de hombros.

—Tú sabrás —replicó y, por la expresión de su cara, supe que intentaba advertirme de que era mi propia vida lo que me jugaba de seguir husmeando en esa dirección.

De pronto, me di cuenta de que llevaba razón; si seguía adelante con el caso, me arriesgaba a que alguien se pusiera nervioso y decidiera quitarme de en medio.

—Este caso te viene grande, Horner. Estás jugando con los chicos mayores. Demasiado peligroso.

Y a juzgar por lo que recuerdo de mi paso por la escuela, no le faltaba razón. Siempre que jugaba con los chicos mayores, acababan dándome hasta en el carné de identi-

dad. ¿Pero cómo se había enterado O'Grady de eso? ¿Cómo era posible que él lo supiera? Entonces, me acordé.

O'Grady era el que más me sacudía.

Había llegado el momento de hacer piernas, como se dice en nuestra jerga. Me pateé la ciudad de arriba abajo para llevar a cabo algunas discretas indagaciones, pero no descubrí sobre Humpty Dumpty nada que no supiera de antemano.

Humpty Dumpty era un huevo podrido. Recordaba perfectamente cómo era cuando llegó a la ciudad: un chico espabilado que se ganaba la vida adiestrando animales, con un talento especial para enseñar a los ratones a trepar por los relojes. Sin embargo, no tardó en entregarse a todos los vicios conocidos: juegos de azar, alcohol, mujeres... La historia de siempre. Un joven brillante y despierto que se cree que las calles de Nanalandia están asfaltadas de oro y, cuando por fin descubre lo equivocado que estaba, ya es demasiado tarde para cambiar de vida.

Dumpty inició su carrera criminal practicando la extorsión y el robo a pequeña escala, adiestró a un equipo de arañas que asustaban a las niñas pequeñas a fin de apartarlas de sus papillas, para así poder robárselas y venderlas después a precio de oro en el mercado negro. Más tarde, se dedicó al chantaje: el juego más sucio de todos. Nuestros caminos se cruzaron una sola vez, a raíz de un trabajito que hice para un niño de la alta sociedad —pongamos que se llamaba Georgie Porgie^[4]—. Me contrató para que recuperara unas fotos bastante comprometedoras en las que aparecía besando a diversas niñas y haciéndoles llorar. Logré hacerme con las fotos, pero también descubrí que no era aconsejable mezclarse en los asuntos del Gordinflón. Maldita sea, en mi oficio uno no puede darse el lujo de caer dos veces en el mismo error.

Ahí fuera el mundo es una jungla. Todavía recuerdo lo que le sucedió a la Pequeña Bo Peep^[5] nada más llegar a la

ciudad... pero no os voy a aburrir ahora con mis problemas. A menos que estéis muertos, imagino que tendréis bastante con los vuestros.

Me puse a repasar lo que habían publicado los periódicos en relación con la muerte del viejo Dumpty. Al parecer, estaba sentado tranquilamente en lo alto de la tapia y, sin más ni más, apareció hecho añicos en el suelo. Todos los Caballos y los Hombres del Rey se presentaron de inmediato en el lugar de los hechos, pero se ve que el Gordinflón necesitaba algo más que un simple procedimiento de primeros auxilios. Mandaron llamar a un tal Foster —un médico que conoció a Dumpty cuando aún vivía en Gloucester—, pero ningún médico, por bueno que sea, podría devolverle la vida a un muerto.

Un momento... ¡El doctor Foster!

De pronto, sentí saltar en mi cerebro esa chispa tan familiar para cualquiera que lleve en este negocio tanto tiempo como yo. Dos neuronas diminutas establecen el contacto adecuado y, en cuestión de segundos, tu cerebro entero se incendia con un fuego de veinticuatro quilates.

¿Recuerdan al cliente que no acudió a la cita, el tipo al que estuve esperando todo el día en aquella esquina? Una muerte accidental. Ni siquiera me había tomado la molestia de averiguar los detalles; no puedo perder el tiempo investigando a un cliente que no va a poder pagarme la minuta.

Por lo visto, ya no era una sola muerte lo que tendría que investigar. Eran tres.

Levanté el auricular del teléfono y llamé a la comisaría.

—Al habla Horner —le dije al policía que atendió mi llamada—. Póngame con el sargento O'Grady.

Se oyó un chisporroteo y, a continuación, oí la voz de O'Grady al otro lado del hilo.

—O'Grady al habla.

—Soy Horner.

—El pequeño Jack... ¿Qué tripa se te ha roto ahora? —Muy propio de O'Grady. Se burla de mi estatura desde que

éramos críos—. ¿Te has convencido ya de que la muerte de Dumpty no fue más que un simple accidente?

—No. De hecho, ahora son tres las muertes que investigo. La del Gordinflón, la de Bernie Robin y la del doctor Foster.

—¿El doctor Foster? ¿El cirujano plástico? Su muerte fue accidental.

—Sí, claro. Y ahora me dirás que tu padre y tu madre estaban casados.

Se hizo un silencio.

—Horner, si llamas para insultarme y decir vulgaridades, te advierto que no está el horno para bollos.

—Vale, vale, listillo. Si la muerte de Dumpty fue un accidente y la del doctor Foster también, sólo me queda una duda por aclarar.

—¿Quién mató a Cock Robin? —No soy famoso precisamente por mi gran imaginación, pero creo poder jurar que le oí sonreír al otro lado del hilo mientras me respondía—: Fuiste tú, Horner. Y estoy dispuesto a jugarme la placa a que estoy en lo cierto.

Y colgó.

Mi oficina era una nevera y me sentía solo, así que dejé que mis pies me llevaran hasta el bar de Joe en busca de un poco de compañía y un par de copas o seis.

Veinticuatro mirlos. Un médico muerto. El Gordinflón. Cock Robin... Maldita sea, aquel caso tenía más agujeros que un queso suizo y más cabos sueltos que una falda de flecos. ¿Y en qué parte de aquel rompecabezas encajaba la despampanante señorita Dumpty? Jack y Jill; seríamos la pareja perfecta^[6]. Cuando todo aquel asunto terminara, quizá podríamos escaparnos juntos unos días a ese hotelito que tiene Louie en lo alto de la colina, allí nadie pregunta si tienes una licencia de matrimonio. Si mal no recuerdo, el hotelito se llama algo así como El Cubo de Agua.

—Eh, Joe —le dije al camarero.